



**NO HAY
RAZONES
(QUE VALGAN)
PARA QUIEN
SE CIERRA
A LA EVIDENCIA.**



Marcos 6,1-6

“¿No es este el carpintero, el hijo de María?”

“No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa.”



Jesús habla a los suyos allí donde aprendió las cosas de Dios. Allí quiso hacer milagros y atraerlos al reino de Dios, a una visión nueva de Dios más cercana, limpia y pura. Pero no le creyeron. Demasiados prejuicios se desprendían de ellos: "Nada tienes que enseñarme tú, que te conozco..."

El prejuicio es una soberbia encubierta, una manera de condena, de poner distancia entre tú y yo, de ponerme a la defensiva y negarme a escucharte.



Otra vez el “vino a los suyos y los suyos no le recibieron”, y que puede ocurrir -por desgracia- en nuestras vidas, deseosos y hambrientos de “grandes” acontecimientos. Está claro que ACOGER a Jesús tal como es no es tarea sencilla. A veces son las “creencias de siempre”, inamovibles y agarrotadas, otras, la excesiva “familiaridad” (rutina, vulgaridad), las que nos impiden abrirnos plenamente a su misterio grande y hermoso.



Igual que nos puede parecer imposible que nuestro vecino, la compañera de trabajo, el cartero o el amigo de toda la vida sean justo quienes nos puedan traer un mensaje de salvación, nos puede pasar con Jesús y su Evangelio: "Ah, ya sé cuál es, sé de qué va...". Así la palabra de Jesús empieza a "carecer de prestigio" justamente en su propia casa: le colgamos etiquetas y la encasillamos y la Palabra ya no puede hacer milagros.



La excesiva familiaridad y la rutina son los enemigos del aprecio y del amor que nos impiden reconocer la voz de Dios en los mil pequeños signos cotidianos de su presencia: acontecimientos, personas que viven con nosotros, a veces muy sencillas e insignificantes según el mundo, pero ricas en dones espirituales y verdaderos «profetas» de Dios. El otro, mi hermano, es un don y un acontecimiento que está por descubrir.



**Abre tus ojos, mente
y corazón a las
“sorpresa” de Dios
para reconocer
su acción...**

**en un “cualquiera” o
descubrir su voluntad
en lo más cotidiano.**